

de conocer sonetos de forma idéntica, burilados por Lugones. Había que probar la afirmación, y así lo hice, declarando que cuando Lugones, en marzo de 1901, visitó Montevideo, como delegado argentino ante el Congreso Científico - Americano, el grupo literario del *Consistorio de Gay Saber* le solicitó que impresionara algunos de sus sonetos, en un cilindro fonográfico. El poeta argentino accedió al pedido, y en la casa de Garesse y Crispo, existente entonces en Montevideo, en la calle Ituzaingó, entre Rincón y 25 de Mayo, dejó impresos cinco sonetos, de los que publiqué tres en mi folleto juvenil: *Una audacia de Rufino Blanco Fombona*. Esta prueba definitiva de la prioridad de Lugones sobre Herrera y Reissig no se tomó en cuenta y a pesar de que, hasta los contertulios del autor de *Los peregrinos de piedra* convenían en que, a partir de esa circunstancia, Herrera y Reissig dió un cambio a su modalidad poética. El noble Sanín Cano, al conocer este aporte a la dilucidación del caso planteado, con esa generosidad suya tan cordial, me escribía: «Usted pone las cosas en su punto con argumentos incontestables e introduce, acaso por primera vez, el fonógrafo como testigo de originalidad en literatura». Y completaba su pensamiento, con esta bella confesión: «Siempre me había parecido digna de admiración la actitud de Lugones; pero ahora me parece no solamente admirable, sino nobilísima. Le bastaba hablar para poner en evidencia su originalidad; pero, por respeto a una memoria querida, acaso por la delicadeza del armiño que se deja atrapar de los perros antes que entrar a una agua fangosa, Lugones ha guardado silencio doce años seguidos, como si la verdad no necesitase defensa».

Ahora, como un dato más que viene a corroborar la prueba antedicha, Horacio Quiroga, en *El Hogar* de Buenos Aires, de julio 17 de 1925, manifiesta que en 1898 se publicaron en la revista literaria *La Quincena* del mismo Buenos Aires, *Los doce gozos* lugoniano y que fué el mismo Quiroga quien se los dió a conocer a Julio Herrera y Reissig. Está pues, suficientemente probada la prioridad de Lugones, desde que los sonetos de Herrera fueron muy posteriores a la fecha denunciada por Quiroga.

Cierto que, según lo ha dicho, a raíz de mis pruebas, el propio Lugones, fué allá en su Córdoba natal, y en 1894, que inspirado por las sonatas de Beethoven, ejecutadas por la señorita Mercedes Bengtown, empezó a forjar sus admirables sonetos.

Y ya lo he dicho en otra oportunidad que tal como lo quería Beet-

hoven, la inspiración lugoniana va desde lo más objetivo hasta lo más recóndito, y cumple de este modo, el método beethoveniano de componer teniendo siempre el conjunto ante los ojos para que pueda esparcirse todo lo que tiene en el corazón.

Está dicho que procediendo su manera de la adaptación del tema musical, no era necesaria la previa lectura de Samain para alcanzar el lírico propósito.

Por otra parte, la misma médula emocional, llena las vértebras de los versos de *Las Montañas del Oro* y se esparce por *Los Crepúsculos del Jardín*. Y conviene destacar que *Las Montañas del Oro* aparecieron en 1897; precisamente, el mismo año en que se editó la edición corriente de *Au jardin de l'infante*, pues la edición princeps quizás no había llegado a Córdoba, debido a su restringida edición.

Pocos días hace el crítico uruguayo,

Dos hermosas cartas de Guillermo Valencia

Bogotá, julio 26 de 1925

Señor Director de *El Tiempo*,

L. C.

Leí ayer, con máximo agradecimiento y con no menor sorpresa, la carta en que mi amigo don Aníbal Montoya Canal, propone al autor de *Ritos* al laurel apolíneo, popularmente discernido. Resaltan en esas letras la noble intención de su autor y un propósito estimulante en beneficio de los que han exhibido, antes o después del payanés, la inclinación funesta. El difunto autor de *Ritos* se habría manifestado muy agradecido de tan gallardo admirador y compañero, a pesar de que aquél esquivó, declinó y repugnó siempre esa forma de apoteosis que iba, en su caso, contra la justicia, y a contrapelo de su temperamento.

Dos grandes laureados tenemos en Colombia: Pombo y Flórez: ambos merecieron el homenaje por múltiples aspectos, principalmente, porque consagraron todas sus potencias a tan dulce ejercicio: nacieron, vivieron y murieron en olor de poesía. Pombo, verbigracia, recorrió con admirable esplendor, todos los géneros, uno en que no espigase dejando hondamente impresa su garra de león! Flórez, de copiosísima obra, fué el poeta por definición, que interpretó como nadie el alma colombiana de su tiempo. Mas el autor de *Ritos* fué un bardo voluble que escribió poco y ocasionalmente para veladas de beneficencia o para llenar las horas que le dejaron libres la política, la vaquería, la caza, la casa, la vagancia y el

Alberto Zum Felde, comentando una contra-crítica nuestra, manifestaba que aunque se comprobara el dato de la prioridad de Lugones sobre Herrera, él sería de un valor muy secundario. Discrepamos con tal criterio. Y por ello insistimos en aclarar la génesis de esta modalidad tan característica del endecasílabo lugoniano, puesto que proclamar la verdad es una manera leal de dar a cada uno lo que, en justicia distributiva, le pertenece.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ

Nota del Sr. P. R.—En razón del interés que intenta traducir la página precedente, estimáramos el envío de cualquier dato complementario que pudiera aportar mayor luz sobre el caso Lugones-Herrera y Reissig.

Uruguay, Treinta y Tres, 1925.

El Sr. Pereira Rodríguez es un distinguido escritor y educador uruguayo. Dirige el Liceo Departamental de Segunda Enseñanza de Treinta y Tres, Uruguay. El REPERTORIO AMERICANO ya lo cuenta entre sus colaboradores distantes y amados.

servicio del prójimo. Un cuaderno de versos es brevísimo equipaje para optar al laurel de Petrarca o del divino tuerto lusitano.

Ese gajo debe seguir premiando obras de largo aliento o, cuando menos, una total consagración a las cosas del arte: el simple diletantismo merece otra suerte de galardón. Y de muy buena fuente sé que el monocorde autor de *Ritos* (q. e. p. d.) se sintió en vida retribuido y excesivamente retribuido, con el elogio de sus compatriotas cuya inexhausta largueza los condujo más de una vez a apreciaciones que valen por las mejores palmas y que son bastante a pagar con creces tan breves como intermitentes esfuerzos. Sin que en tal declaración mediase una falsa modestia, pues al ex-bardo le oímos comentar siempre el conocido apotegma «Fray Modesto nunca llegó a prior».

Albacea y confidente del poeta caucano, sé que a él le contrariaba en grado superlativo esos conatos de glorificación en su favor, y que en más de una ocasión los disipó insinuando, suplicando, exigiendo. Alguna vez le oímos ambicionar solamente en forma retrospectiva, el capicete de laureles que el Senado romano le discernió al gran Julio, y no ciertamente por las glorias inaccesibles que él coronaba, sino por la insuperable virtud profiláctica de aquel gajo de abrigo, en la calvicie creciente, contra las neuralgias a frigore.

Valencia creyó siempre que aquella guirnalda debería ceñir siquiera simbólicamente, en forma de póstuma